Has llegado a la vida, 
has nacido. 
Un día, o acaso dos, 
te tendremos en préstamo 
cual si fueras una joya.¹

Tales fueron las palabras que plenas de ternura, halago y amor, el indígena prehispánico de México decía a su hijo al momento de su nacimiento.

Niño:... tu oficio y facultad es la guerra, 
tu oficio es dar de beber al sol con la 
sangre de los enemigos, y dar de comer a la tierra, que se llama Tlatecultli, con 
cuerpos de tus enemigos.

Niña:... Hija mía... habéis de estar dentro de la casa como el corazón dentro del cuerpo... habéis de ser la ceniza con que se cubre el fuego del hogar; habéis de ser las trábedes donde se pone la olla;... ²

La infancia del indígena no era más que una forma de preparación para enfrentar las responsabilidades de la vida adulta: el hombre para la guerra, y los servicios públicos y religiosos, de acuerdo al status social de los padres, la mujer para el hogar.

El ombligo del niño lo enterraban en un campo de batalla, el de la niña en un rincón de la casa para indicarle que su lugar está en la casa o en las actividades relacionadas con ella.

Durante su desarrollo los infantes estudiaban en el Califac o bien en el Telpochcalli, casas o escuelas al servicio de los dioses.

El Calmecac, voz náhuatl que significa hilera de casas, era una escuela cuya educación estaba regida por estrictos principios religiosos, impartida por sacerdotes. Se les enseñaba artes y ciencias y religión y se les preparaba para ocupar puestos en el ejército, administración pública y sacerdocio, asistida por los hijos de la nobleza.

El Telpochcalli, la casa de los jóvenes, era una escuela popular cuya educación religiosa fue menos severa. había una en cada barrio de Tenochtitlan. Su objetivo era prepararlos para la guerra.³

Sin embargo, en ambas escuelas se permitía la asistencia de niñas, que cuando eran ya jovencitas, consideradas como niñas doncellas, aprendían a cantar y danzar al servicio del dios Quetzalcoatl, en el Calmecac, y al dios Tezcatlipoca, en el Telpochcalli.

La arqueología dice la importancia que para la vida social de un pueblo mesoamericano tenía el cuidado y la preparación de los niños. Así, es frecuente la presencia de esculturillas en barro de niños en su cuna; en su cama preparados para la deformación intencional del cráneo; niños en columnio; niños cargados por su madre en la espalda, tradición hoy día usada por nuestras madres indígenas y campesinas; niños en actitud de jugar; de risa franca, llena de burla y malicia como las caritas sonrientes, moldeadas, de la Cultura Totonaca del centro de Veracruz; los niños con


la inspirada ternura de los tipo “baby face”, con acentuados rasgos mongólicos (posiblemente niños síndrome de Dawn), de la Cultura Olmeca, la primera civilización de Mesoamérica, cuyo esplendor se desarrolló en la región costera, cálida, húmeda y pantanosa del sur de Veracruz, hacia los 1500 años antes de la era, entre otras.

Hija mía, collar mío, plumaje fino, que nuestro Señor te haga feliz.

Poco frecuente son las representaciones de niños púberes y adolescentes. Durante la época prehispánica y hoy en las comunidades indígenas de nuestro país resulta bastante marcada la ausencia de una etapa juvenil. El texto dice los parabienes para una jovencita que cercana su juventud es comprometida y entregada en matrimonio, iniciando así su vida adulta.

Rogelio Ramírez Herrera

---

4 Códice Mendoza. En: Sten, María, op. cit., p. 133.